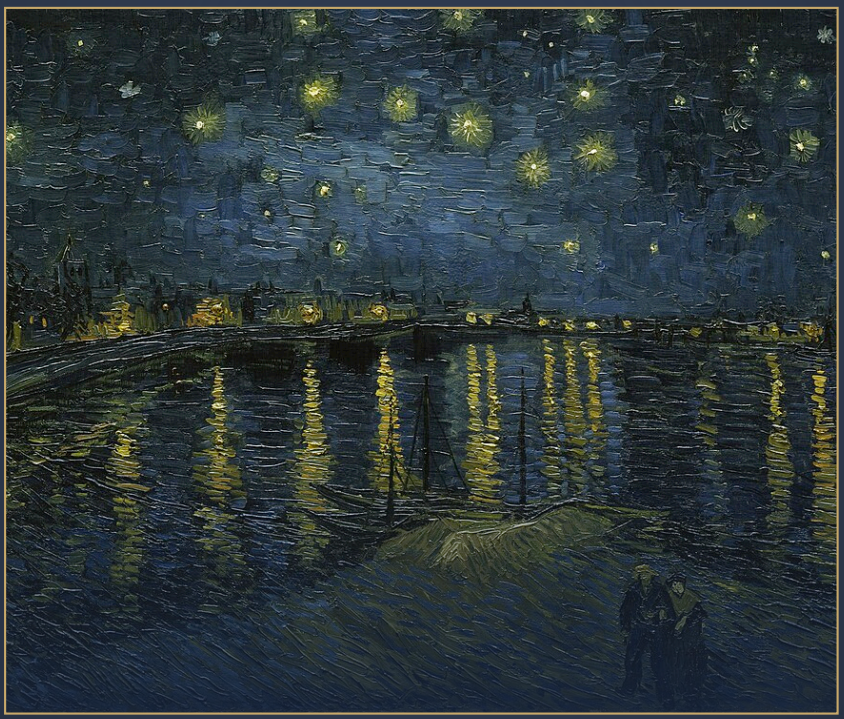
LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA



ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY

El principito

Traducción española anónima

LECTURA COMPLETA · Nº 91

LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA · LECTURA COMPLETA

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY

El principito

Traducción española anónima

El principito, de Antoine de Saint-Exupéry. Traducción española anónima (Edición digital de Elejandría). Texto de dominio público.

Transcripción de Wikisource, publicada bajo licencia Dominio público. Esta edición, con su división en capítulos, títulos y resúmenes, se publica bajo la misma licencia. Portada: Vincent van Gogh, «La noche estrellada sobre el Ródano» (1888), Museo de Orsay. Dominio público, vía Wikimedia Commons.

Edición de La Biblioteca Filosófica. Léela también online, con marcapáginas, en labibliotecafilosofica.com/leer/el-principito-saint-exupery/.

Sobre esta obra

Un aviador cae con su avión en el desierto del Sahara. Allí aparece un niño de cabellos dorados que le pide que le dibuje un cordero: es el principito, que viene de un asteroide diminuto donde vive con tres volcanes y una rosa orgullosa a la que ama.

Se respeta la ortografía de la edición original, por eso verás «á» como preposición o «ménos» con tilde.

Índice

1. Dedicatoria
2. Capítulo I
3. Capítulo II
4. Capítulo III
5. Capítulo IV
6. Capítulo V
7. Capítulo VI
8. Capítulo VII
9. Capítulo VIII
10. Capítulo IX
11. Capítulo X
12. Capítulo XI
13. Capítulo XII
14. Capítulo XIII
15. Capítulo XIV

16. Capítulo XV
17. Capítulo XVI
18. Capítulo XVII
19. Capítulo XVIII
20. Capítulo XIX
21. Capítulo XX
22. Capítulo XXI
23. Capítulo XXII
24. Capítulo XXIII
25. Capítulo XXIV
26. Capítulo XXV
27. Capítulo XXVI
28. Capítulo XXVII

01

Dedicatoria

Empieza: «A LÉON WERTH.»

A LÉON WERTH.

Pido perdón a los niños por haber dedicado este libro a una persona mayor. Tengo una excusa seria: esta persona mayor es el mejor amigo que tengo en el mundo. Tengo otra excusa: esta persona mayor puede comprenderlo todo, incluso los libros para niños. Y tengo una tercera excusa: esta persona mayor vive en Francia, donde pasa hambre y frío. Necesita mucho consuelo. Si todas estas excusas no son suficientes, me gustaría dedicar este libro al niño que fue, en otro tiempo, esta persona mayor. Todas las personas mayores fueron primero niños. (Aunque pocas de ellas lo recuerdan.) Corrijo, pues, mi dedicatoria:

A LÉON WERTH

CUANDO ERA PEQUEÑO

02

Capítulo I

Empieza: «Cuando tenía seis años vi, una vez, una imagen magnífica en un libro sobre la selva virgen titulado Historias vividas. Representaba a...»

Cuando tenía seis años vi, una vez, una imagen magnífica en un libro sobre la selva virgen titulado Historias vividas. Representaba a una serpiente boa tragándose a una fiera. He aquí la copia del dibujo.

En el libro se decía: "Las serpientes boas tragan a su presa entera, sin masticarla. Luego ya no pueden moverse y duermen durante los seis meses que dura su digestión."

Reflexioné mucho entonces sobre las aventuras de la selva y, a mi vez, logré, con un lápiz de colores, trazar mi primer dibujo. Mi dibujo número 1. Era así:

Mostré mi obra maestra a las personas mayores y les pregunté si mi dibujo les daba miedo.

Me respondieron:—¿Por qué iba a dar miedo un sombrero?

Mi dibujo no representaba un sombrero. Representaba una serpiente boa que digería un elefante. Entonces dibujé el interior de la serpiente boa, para que las personas mayores pudieran

comprender. Siempre necesitan explicaciones. Mi dibujo número 2 era así:

Las personas mayores me aconsejaron dejar de lado los dibujos de serpientes boas, abiertas o cerradas, y dedicarme más bien a la geografía, la historia, el cálculo y la gramática. Así fue como, a la edad de seis años, abandoné una magnífica carrera como pintor. Me había desanimado el fracaso de mi dibujo número 1 y de mi dibujo número 2. Las personas mayores nunca comprenden nada por sí sol

as, y es cansado, para los niños, tener que estarles explicando siempre y siempre.

Así que me vi obligado a elegir otro oficio, y aprendí a pilotar aviones. He volado un poco por todo el mundo. Y la geografía, es cierto, me ha sido de gran utilidad. Sabía distinguir, a primera vista, China de Arizona. Es muy útil, si uno se pierde durante la noche.

En el transcurso de mi vida, he tenido muchos contactos con mucha gente seria. He convivido mucho con personas mayores. Las he observado muy de cerca. Y eso no ha mejorado gran cosa mi opinión sobre ellas.

Cuando encontraba alguna que me parecía un poco lúcida, hacía con ella la experiencia de mostrarle mi dibujo número 1, que siempre he conservado. Quería saber si era realmente comprensiva. Pero siempre me respondía:—Es un sombrero.Entonces no le hablaba ni de serpientes boas, ni de selvas vírgenes, ni de estrellas. Me ponía a su nivel. Le hablaba de bridge, de golf, de política y de corbatas. Y la persona mayor se

mostraba muy satisfecha de haber conocido a un hombre tan razonable.

0 3

Capítulo II

Empieza: «Así viví solo, sin nadie con quien hablar verdaderamente, hasta que tuve una avería en el desierto del Sahara, hace seis años....»

Así viví solo, sin nadie con quien hablar verdaderamente, hasta que tuve una avería en el desierto del Sahara, hace seis años. Algo se había roto en mi motor. Y como no llevaba conmigo ni mecánico ni pasajeros, me dispuse a intentar, yo solo, una reparación difícil. Para mí era una cuestión de vida o muerte. Apenas tenía agua para beber durante ocho días.

La primera noche me dormí sobre la arena, a mil millas de cualquier tierra habitada. Estaba mucho más aislado que un náufrago en una balsa en medio del océano. Imaginen, pues, mi sorpresa cuando, al amanecer, una extraña vocecita me despertó. Decía:

—Por favor... ¡dibújame un cordero!

—¿Eh?

—¡Dibújame un cordero!

Salté en pie como si me hubiera alcanzado un rayo. Me froté bien los ojos. Miré a mi alrededor. Y vi a un pequeño hombrecito, completamente extraordinario, que me observaba con mucha

seriedad. Este es el mejor retrato que, más tarde, logré hacer de él. Pero, por supuesto, mi dibujo es mucho menos encantador que el modelo. No es culpa mía. A los seis años, las personas mayores me desanimaron en mi carrera de pintor y no aprendí a dibujar nada más que boas cerrados y boas abiertos.

Miré aquella aparición con los ojos bien abiertos de asombro. No olviden que me encontraba a mil millas de cualquier región habitada. Aun así, mi pequeño hombrecito no parecía ni perdido, ni muerto de cansancio, ni de hambre, ni de sed, ni de miedo. No tenía en absoluto el aspecto de un niño extraviado en medio del desierto, a mil millas de cualquier lugar habitado. Cuando al fin logré hablar, le pregunté:

—Pero, ¿qué haces aquí?

Y él me respondió, muy suavemente, como si fuera algo muy serio:

—Por favor... ¡dibújame un cordero!

Cuando el misterio es demasiado imponente, uno no se atreve a desobedecer. Por absurdo que me pareciera, a mil millas de cualquier lugar habitado y en peligro de muerte, saqué de mi bolsillo una hoja de papel y un bolígrafo. Pero entonces recordé que había estudiado sobre todo geografía, historia, cálculo y gramática, y le dije al pequeño hombrecito (un poco malhumorado) que no sabía dibujar. Me respondió:

—No importa. Dibújame un cordero.

Como nunca había dibujado un cordero, le hice uno de los dos únicos dibujos que sabía hacer. El del boa cerrado. Y me quedé atónito al oír al pequeño hombrecito responder:

—¡No, no! Yo no quiero un elefante dentro de un boa. Un boa es muy peligroso, y un elefante ocupa demasiado espacio. En mi casa todo es pequeño. Necesito un cordero. ¡Dibújame un cordero!

Entonces dibujé.

Miró atentamente, y luego dijo:

—¡No! Ese está muy enfermo. Haz otro.

Dibujé otro:

Mi amigo sonrió amablemente, con indulgencia:

—¿Ves? Esto no es un cordero, es un carnero. Tiene cuernos...

Volví a dibujar otra vez: pero también fue rechazado, como los anteriores:

—Ese es demasiado viejo. Quiero un cordero que viva mucho tiempo.

Entonces, ya sin paciencia, y con prisa por empezar a desmontar mi motor, garabateé este dibujo:

Y le dije:

—Esto es una caja. El cordero que quieres está dentro.

Me sorprendió mucho ver cómo se iluminaba el rostro de mi joven juez:

—¡Así es exactamente como lo quería! ¿Crees que este cordero necesite mucha hierba?

—¿Por qué?

—Porque en mi casa todo es muy pequeño...

—Seguramente le bastará. Te he dado un cordero muy pequeño.

Inclinó la cabeza hacia el dibujo:

—No tan pequeño... ¡Mira! ¡Se ha dormido!

Y fue así como conocí al principito.

0 4

Capítulo III

Empieza: «Me llevó mucho tiempo comprender de dónde venía. El principito, que me hacía muchas preguntas, nunca parecía oír las mías. Fueron algunas...»

Me llevó mucho tiempo comprender de dónde venía. El principito, que me hacía muchas preguntas, nunca parecía oír las mías. Fueron algunas palabras pronunciadas al azar las que, poco a poco, me lo revelaron todo. Así, cuando vio por primera vez mi avión (no voy a dibujar mi avión, es un dibujo demasiado complicado para mí), me preguntó:

—¿Qué es esa cosa?

—No es una cosa. Vuela. Es un avión. Es mi avión.

Y estaba orgulloso de hacerle saber que volaba. Entonces exclamó:

—¡Cómo! ¿Has caído del cielo?

—Sí —respondí modestamente.

—¡Ah! ¡Qué divertido!

Y el principito lanzó una risa encantadora que me irritó bastante. Quería que se tomaran en serio mis desgracias. Luego añadió:

—Entonces, ¿tú también vienes del cielo? ¿De qué planeta eres?

En ese momento vislumbré una luz en el misterio de su presencia, y pregunté bruscamente:

—¿Así que vienes de otro planeta?

Pero no me respondió. Movía lentamente la cabeza mientras miraba mi avión:

—Es cierto que, con esto, no puedes haber venido de muy lejos...

Y se sumió en un ensueño que duró mucho tiempo. Luego, sacando mi dibujo del cordero de su bolsillo, se enfrascó en la contemplación de su "tesoro".

Pueden imaginarse lo intrigado que estaba por esa media confesión sobre "los otros planetas". Me esforcé, pues, por saber más:

—¿De dónde vienes, hombrecito? ¿Dónde está tu casa? ¿Adónde quieres llevar mi cordero?

Me respondió, tras un silencio meditativo:

—Lo bueno de la caja que me diste es que, por la noche, le servirá de casa.

—Por supuesto. Y si quieres, te daré también una cuerda para atarlo durante el día. Y un estaca.

La propuesta pareció escandalizar al principito:

—¿Atarlo? ¡Qué idea más rara!

—Si no lo atas, se irá a cualquier parte y se perderá...

Y mi amigo lanzó una nueva carcajada:

—¿Pero adónde quieres que vaya?

—No sé... derecho delante de él...

Entonces el principito observó gravemente:

—No importa. Mi casa es tan pequeña...

Y, con un poco de melancolía, tal vez, añadió:

—Derecho delante de uno no puede irse muy lejos...

05

Capítulo IV

Empieza: «Así aprendí algo muy importante: que su planeta de origen era apenas más grande que una casa.»

Así aprendí algo muy importante: que su planeta de origen era apenas más grande que una casa.

No podía sorprenderme mucho. Sabía bien que, además de los grandes planetas como la Tierra, Júpiter, Marte, Venus, a los que se les han dado nombres, hay cientos de otros que son tan pequeños que apenas se los puede ver con el telescopio. Cuando un astrónomo descubre uno de ellos, le da un número por nombre. Lo llama, por ejemplo, "el asteroide 3251".

Tengo razones serias para creer que el planeta de donde venía el principito es el asteroide B 612.

Este asteroide sólo fue visto una vez a través del telescopio, en 1909, por un astrónomo turco.

Este astrónomo hizo entonces una gran demostración de su descubrimiento en un Congreso Internacional de Astronomía. Pero nadie le creyó, debido a su vestimenta. Las personas mayores son así.

Afortunadamente, para la reputación del asteroide B 612, un dictador turco obligó a su pueblo, bajo pena de muerte, a vestirse a

la europea. El astrónomo repitió su demostración en 1920, con un traje muy elegante. Y esta vez, todo el mundo estuvo de acuerdo con él.

Si les cuento estos detalles sobre el asteroide B 612 y si les confío su número, es por las personas mayores. A las personas mayores les gustan los números. Cuando les hablas de un nuevo amigo, jamás te preguntan sobre lo esencial. Nunca te dicen: "¿Cómo es el sonido de su voz? ¿Qué juegos le gustan más? ¿Colecciona mariposas?" Te preguntan: "¿Qué edad tiene? ¿Cuántos hermanos tiene? ¿Cuánto pesa? ¿Cuánto gana su padre?" Entonces creen conocerlo.

Si les dices a las personas mayores: "He visto una hermosa casa de ladrillos rosados, con geranios en las ventanas y palomas en el techo..." no logran imaginarse esa casa. Hay que decirles: "He visto una casa que vale cien mil francos." Entonces exclaman: "¡Qué hermosa!"

Así, si les dices: "La prueba de que el principito existió es que era encantador, que reía y que quería un cordero. Cuando uno quiere un cordero, eso prueba que existe." Se encogerán de hombros y te tratarán de niño. Pero si les dices: "El planeta de donde venía es el asteroide B 612", entonces quedarán convencidos y te dejarán tranquilo con sus preguntas. Así son. No hay que guardarles rencor. Los niños deben ser muy indulgentes con las personas mayores.

Pero, claro, nosotros que entendemos la vida, nos burlamos de los números. Me habría gustado empezar esta historia como los cuentos de hadas. Me habría gustado decir:

"Érase una vez un principito que vivía en un planeta apenas más grande que él, y que necesitaba un amigo..." Para quienes comprenden la vida, esto habría sonado mucho más verdadero.

Porque no me gusta que se lea mi libro a la ligera. Siento tanta tristeza al contar estos recuerdos. Hace ya seis años que mi amigo se fue con su cordero. Si intento describirlo aquí es para no olvidarlo. Es triste olvidar a un amigo. No todo el mundo ha tenido un amigo. Y podría acabar siendo como las personas mayores que no se interesan más que por los números. Por eso también compré una caja de colores y lápices. Es difícil volver a dibujar, a mi edad, cuando no se ha hecho más que un intento, el de un boa cerrado y el de un boa abierto, a los seis años. Trataré, por supuesto, de hacer retratos lo más parecidos posible. Pero no estoy del todo seguro de lograrlo. Un dibujo sale bien, y el siguiente ya no se parece. Me equivoco un poco también con el tamaño. Aquí el principito es demasiado grande. Allá es demasiado pequeño. También dudo sobre el color de su traje. Así que tanteo como puedo, más o menos bien. Y al final, me equivocaré en detalles importantes. Pero eso tendrán que perdonármelo. Mi amigo nunca daba explicaciones. Tal vez pensaba que yo era como él. Pero, por desgracia, no puedo ver los corderos a través de las cajas. Quizás soy un poco como las personas mayores. He debido envejecer.

06

Capítulo V

Empieza: «Cada día aprendía algo nuevo sobre el planeta, sobre su partida, sobre su viaje. Todo llegaba lentamente, al azar de sus reflexiones....»

Cada día aprendía algo nuevo sobre el planeta, sobre su partida, sobre su viaje. Todo llegaba lentamente, al azar de sus reflexiones. Así, al tercer día, conocí el drama de los baobabs.

Una vez más, fue gracias al cordero, porque, de pronto, el principito me preguntó, como si estuviera invadido por una grave duda:

—Es cierto, ¿verdad, que los corderos se comen los arbustos?

—Sí, es cierto.

—¡Ah! ¡Qué alegría!

No entendía por qué era tan importante que los corderos se comieran los arbustos. Pero el principito añadió:

—Entonces, ¿también se comen los baobabs?

Le expliqué al principito que los baobabs no son arbustos, sino árboles tan grandes como iglesias y que, aunque llevara consigo un rebaño entero de elefantes, no podrían acabar con un solo baobab.

La idea de un rebaño de elefantes hizo reír al principito:

—¡Habría que ponerlos unos sobre otros!

Pero luego comentó con sabiduría:

—Los baobabs, antes de crecer, empiezan siendo pequeños.

—¡Es cierto! Pero, ¿por qué quieres que tus corderos se coman los pequeños baobabs?

Me respondió: "¡Vaya, hombre!", como si se tratara de algo evidente. Y me costó un gran esfuerzo de inteligencia comprender el problema por mí mismo.

En efecto, en el planeta del principito, como en todos los planetas, había hierbas buenas y hierbas malas. Por lo tanto, también había buenas semillas de hierbas buenas y malas semillas de hierbas malas. Pero las semillas son invisibles. Duermen en el secreto de la tierra hasta que alguna decide despertar. Entonces se estira y, tímidamente al principio, dirige hacia el sol una encantadora ramita inofensiva. Si se trata de una ramita de rábano o de rosal, se la puede dejar crecer como quiera. Pero si es una planta mala, hay que arrancarla de inmediato, en cuanto se la distingue. Ahora bien, había semillas terribles en el planeta del principito: las semillas de baobab. El suelo del planeta estaba infestado de ellas. Si uno se descuidaba y no arrancaba un baobab a tiempo, ya no era posible deshacerse de él. Invadía todo el planeta, perforaba el suelo con sus raíces. Y si el planeta era demasiado pequeño y los baobabs eran demasiados, lo hacían estallar.

"Es una cuestión de disciplina", me decía más tarde el principito. "Cuando uno termina con su aseo matutino, debe hacer cuidadosamente el aseo de su planeta. Hay que obligarse regularmente a arrancar los baobabs, tan pronto como se les

distingue de los rosales, que se parecen mucho cuando son muy jóvenes. Es un trabajo muy aburrido, pero muy fácil."

Un día me aconsejó que me esforzara en hacer un buen dibujo para meter esta idea en la cabeza de los niños de mi planeta. "Si algún día viajan, me decía, les será útil. Algunas veces no pasa nada por dejar el trabajo para más tarde. Pero si se trata de los baobabs, siempre es una catástrofe. Conocí una vez un planeta habitado por un perezoso. Había descuidado tres arbustos..."

Y, siguiendo las indicaciones del principito, dibujé ese planeta. No me gusta adoptar el tono de moralista. Pero el peligro de los baobabs es tan poco conocido y los riesgos que corre quien se extravía en un asteroide son tan grandes que, por una vez, hago una excepción a mi reserva. Digo: "¡Niños, cuidado con los baobabs!" Fue para advertir a mis amigos de un peligro que habían rozado durante mucho tiempo, como yo mismo, sin conocerlo, que trabajé tanto en este dibujo. La lección que di valía la pena. Tal vez se pregunten: ¿Por qué no hay en este libro otros dibujos tan grandiosos como el de los baobabs? La respuesta es muy sencilla: lo intenté, pero no lo logré. Cuando dibujé los baobabs, estaba movido por el sentimiento de urgencia.

07

Capítulo VI

Empieza: «¡Ah, principito! Poco a poco comprendí tu pequeña vida melancólica. Durante mucho tiempo no tuviste otra distracción que la dulzura de los...»

¡Ah, principito! Poco a poco comprendí tu pequeña vida melancólica. Durante mucho tiempo no tuviste otra distracción que la dulzura de los atardeceres. Aprendí este nuevo detalle en la mañana del cuarto día, cuando me dijiste:

—Me gustan mucho los atardeceres. Vamos a ver un atardecer...

—Pero hay que esperar...

—¿Esperar qué?

—Esperar a que el sol se ponga.

Al principio pareciste muy sorprendido, y luego te reíste de ti mismo. Y me dijiste:

—¡Siempre creo que estoy en casa!

En efecto. Cuando es mediodía en los Estados Unidos, todo el mundo lo sabe, el sol se pone en Francia. Bastaría con poder ir a Francia en un minuto para asistir al atardecer. Pero, por desgracia, Francia está demasiado lejos. Sin embargo, en tu planeta tan

pequeño, sólo tenías que mover tu silla unos pasos. Y podías contemplar el crepúsculo cada vez que lo deseabas...

—Un día vi el sol ponerse cuarenta y cuatro veces.

Y un poco más tarde añadiste:

—Sabes... cuando uno está muy triste le gustan los atardeceres...

—¿El día de las cuarenta y tres veces estabas, entonces, muy triste?

Pero el principito no respondió.

08

Capítulo VII

Empieza: «El quinto día, gracias al cordero, se me reveló este secreto sobre la vida del principito. Me preguntó bruscamente, sin preámbulos, como...»

El quinto día, gracias al cordero, se me reveló este secreto sobre la vida del principito. Me preguntó bruscamente, sin preámbulos, como si fuera el resultado de un problema largamente meditado en silencio:

—¿Un cordero, si se come los arbustos, también se come las flores?

—Un cordero se come todo lo que encuentra.

—¿Incluso las flores que tienen espinas?

—Sí. Incluso las flores que tienen espinas.

—Entonces, ¿para qué sirven las espinas?

No lo sabía. En ese momento estaba muy ocupado intentando aflojar un tornillo que estaba demasiado apretado en mi motor. Estaba muy preocupado porque mi avería comenzaba a parecerme muy grave, y la escasez de agua me hacía temer lo peor.

—¿Para qué sirven las espinas?

El principito nunca abandonaba una pregunta una vez que la había formulado. Yo, irritado por mi tornillo, respondí cualquier cosa:

—Las espinas no sirven para nada, son pura maldad de las flores.

—¡Oh!

Pero después de un silencio, me lanzó con una especie de rencor:

—¡No te creo! Las flores son débiles. Son ingenuas. Se tranquilizan como pueden. Se creen terribles con sus espinas...

No respondí nada. En ese momento pensaba: "Si este tornillo resiste aún, lo romperé de un martillazo." El principito interrumpió de nuevo mis pensamientos:

—Y tú crees, ¿tú crees que las flores...

—¡No, no creo nada! ¡Te he respondido cualquier cosa! ¡Estoy ocupado con cosas serias!

Me miró estupefacto.

—¿Cosas serias?

Me veía, martillo en mano, con los dedos negros de grasa, inclinado sobre un objeto que le parecía muy feo.

—¡Hablas como las personas mayores!

Eso me hizo sentir un poco avergonzado. Pero, implacable, añadió:

—¡Confundes todo... mezclas todo!

Estaba realmente irritado. Sacudía al viento sus cabellos dorados:

—Conozco un planeta donde hay un señor carmesí. Nunca ha respirado una flor. Nunca ha mirado una estrella. Nunca ha amado a nadie. Nunca ha hecho otra cosa que sumar. Y todo el día repite,

como tú: "¡Soy un hombre serio! ¡Soy un hombre serio!" Y eso lo hace inflarse de orgullo. Pero no es un hombre, ¡es un hongo!

—¿Un qué?

—¡Un hongo!

El principito estaba ahora pálido de ira.

—¡Hace millones de años que las flores fabrican espinas! Hace millones de años que los corderos comen flores a pesar de todo. ¿Y no es serio tratar de entender por qué se esfuerzan tanto por fabricar espinas que no sirven para nada? ¿No es importante la guerra entre los corderos y las flores? ¿No es más serio y más importante que las sumas de un gordo señor carmesí? Y si yo conozco una flor única en el mundo, que no existe en ninguna parte excepto en mi planeta, y que un cordero puede destruir de un solo mordisco, así, una mañana, sin darse cuenta de lo que hace, ¿no es eso importante?

Se sonrojó, y luego continuó:

—Si alguien ama a una flor que sólo existe en un ejemplar en millones y millones de estrellas, eso basta para hacerlo feliz cuando la mira. Se dice: "Mi flor está ahí, en algún lugar..." Pero si el cordero se la come, para él es como si, de pronto, todas las estrellas se apagaran. ¿Y no es eso importante?

No pudo decir más. Estalló de repente en sollozos. La noche había caído. Dejé mis herramientas. Poco me importaba mi martillo, mi tornillo, mi sed y mi muerte. En una estrella, en un planeta, el mío, la Tierra, había un pequeño príncipe a quien consolar. Lo tomé en mis brazos. Lo mecí. Le decía: "La flor que amas no está en peligro...

Dibujaré un bozal para tu cordero... Dibujaré una armadura para tu flor... Yo..." No sabía muy bien qué decirle. Me sentía torpe. No sabía cómo alcanzarlo, cómo reunirme con él... ¡Es tan misterioso el país de las lágrimas!

09

Capítulo VIII

Empieza: «Pronto aprendí a conocer mejor a esa flor. Siempre había habido en el planeta del principito flores muy sencillas, adornadas con un...»

Pronto aprendí a conocer mejor a esa flor. Siempre había habido en el planeta del principito flores muy sencillas, adornadas con un solo anillo de pétalos, que ocupaban poco espacio y no molestaban a nadie. Aparecían una mañana en la hierba y se apagaban al caer la noche. Pero aquella había germinado un día de una semilla llegada de no se sabe dónde, y el principito había vigilado muy de cerca esa ramita que no se parecía a ninguna otra. Podría ser una nueva especie de baobab. Sin embargo, el arbusto dejó pronto de crecer y comenzó a preparar una flor. El principito, que asistía al desarrollo de un enorme capullo, intuía que de él surgiría una aparición milagrosa, pero la flor se tomaba su tiempo para estar lista, resguardada en su habitación verde. Elegía con cuidado sus colores, se vestía lentamente, ajustaba uno a uno sus pétalos. No quería salir toda arrugada, como los amapolas. Quería aparecer en todo el esplendor de su belleza. ¡Ah, sí, era muy coqueta! Su misteriosa preparación duró días y días. Y, al fin, una mañana, justo al salir el sol, se mostró.

Y ella, que había trabajado con tanta precisión, dijo bostezando:

—¡Ah! Apenas me despierto... Perdóneme... Todavía estoy toda despeinada...

El principito no pudo contener su admiración:

—¡Qué hermosa eres!

—¿Verdad que sí? —respondió dulcemente la flor—. Y nací al mismo tiempo que el sol...

El principito adivinó que no era muy modesta, pero era tan conmovedora.

—Creo que es hora del desayuno —añadió enseguida—. ¿Tendrías la bondad de pensar en mí?

Y el principito, algo confundido, fue a buscar un regador con agua fresca y atendió a la flor.

Así fue como ella pronto lo atormentó con su vanidad un poco susceptible. Un día, por ejemplo, hablando de sus cuatro espinas, le dijo al principito:

—¡Que vengan los tigres con sus garras!

—No hay tigres en mi planeta —objetó el principito—, y además, los tigres no comen hierba.

—Yo no soy una hierba —respondió suavemente la flor.

—Perdóname...

—No temo a los tigres, pero detesto las corrientes de aire. ¿No tendrás un biombo?

"Detestar las corrientes de aire... mala suerte para una planta", pensó el principito. "Esta flor es muy complicada."

—Por la noche me pondrás bajo una campana de cristal. Hace mucho frío aquí. No está bien instalado. De donde vengo...

Pero se interrumpió. Había llegado bajo forma de semilla. No podía saber nada de otros mundos. Humillada por haberse dejado atrapar en un intento tan ingenuo de mentir, tosió dos o tres veces para poner al principito en falta:

—¿El biombo?

—Iba a buscarlo, pero me estabas hablando.

Entonces forzó su tos para seguir haciéndolo sentir culpable.

Así, el principito, a pesar de la buena voluntad de su amor, pronto empezó a dudar de ella. Había tomado en serio palabras sin importancia y se volvió muy infeliz.

"Debí no haberla escuchado", me confesó un día. "Nunca hay que escuchar a las flores. Hay que mirarlas y aspirar su aroma. La mía perfumaba mi planeta, pero no supe alegrarme por ello. Esa historia de garras, que tanto me molestó, debió haberme enternecido..."

Y añadió:

"Entonces no supe entender nada. Debí juzgarla por sus actos, no por sus palabras. Me perfumaba y me iluminaba. Nunca debí haber huido. Debí adivinar su ternura detrás de sus pobres astucias. ¡Las flores son tan contradictorias! Pero yo era demasiado joven para saber amarla."

10

Capítulo IX

Empieza: «Creo que aprovechó una migración de aves salvajes para escapar. En la mañana de su partida, dejó su planeta bien ordenado. Limpió...»

Creo que aprovechó una migración de aves salvajes para escapar. En la mañana de su partida, dejó su planeta bien ordenado. Limpió cuidadosamente sus volcanes activos. Tenía dos volcanes en actividad que le resultaban muy prácticos para calentar el desayuno. También tenía un volcán inactivo. Pero, como él decía, "¡Nunca se sabe!" Así que también limpió el volcán inactivo. Si los volcanes están bien limpios, arden suavemente y sin explosiones. Las erupciones volcánicas son como el fuego de una chimenea. Claro que, en la Tierra, somos demasiado pequeños para limpiar nuestros volcanes, y por eso nos causan tantos problemas.

El principito arrancó también, con un poco de melancolía, los últimos brotes de baobabs. Pensaba que no regresaría nunca más. Pero aquel día, todas esas tareas habituales le parecieron especialmente agradables. Y, cuando regó por última vez la flor y se preparó para protegerla bajo la campana de cristal, sintió ganas de llorar.

—Adiós —le dijo a la flor.

Pero ella no respondió.

—Adiós —repitió.

La flor tosió, pero no era por su resfriado.

—He sido tonta —le dijo finalmente—. Perdóname. Trata de ser feliz.

Se sorprendió al no encontrar reproches. Se quedó allí desconcertado, con la campana en el aire. No entendía aquella calma.

—Sí, te quiero —le dijo la flor—. Tú no lo supiste por mi culpa. Pero eso no tiene importancia. Tú también has sido tan tonto como yo. Trata de ser feliz... Deja esa campana, no la quiero más.

—Pero el viento...

—No estoy tan resfriada como crees... El aire fresco de la noche me hará bien. Soy una flor.

—¿Y las fieras?

—Debo soportar dos o tres orugas si quiero conocer a las mariposas. Parece que son tan hermosas. Si no, ¿quién vendrá a visitarme? Tú estarás lejos. En cuanto a las fieras, no les temo. Tengo mis garras.

Y, mostrando ingenuamente sus cuatro espinas, añadió:

—No te quedes ahí, es molesto. Decidiste marcharte, así que vete.

No quería que él la viera llorar. Era una flor tan orgullosa...

11

Capítulo X

Empieza: «El principito se encontraba en la región de los asteroides 325, 326, 327, 328, 329 y 330. Comenzó a visitarlos uno por...»

El principito se encontraba en la región de los asteroides 325, 326, 327, 328, 329 y 330. Comenzó a visitarlos uno por uno, buscando algo que hacer y también aprender.

El primero estaba habitado por un rey. El rey estaba sentado, vestido con púrpura y armiño, en un trono muy sencillo pero majestuoso.

—¡Ah! ¡Aquí hay un súbdito! —exclamó el rey al ver al principito.

El principito se preguntó:

—¿Cómo puede reconocerme si nunca me ha visto antes?

No sabía que, para los reyes, el mundo es muy simple: todos los hombres son súbditos.

—Acércate para que te vea mejor —le dijo el rey, orgulloso de tener al fin un súbdito.

El principito buscó con la mirada un lugar donde sentarse, pero el planeta estaba completamente cubierto por el magnífico manto de armiño. Así que se quedó de pie, y como estaba cansado, bostezó.

—Es contrario a la etiqueta bostezar en presencia de un rey —le dijo el monarca—. Te lo prohíbo.

—No puedo evitarlo —respondió el principito, algo avergonzado—. He hecho un largo viaje y no he dormido...

—Entonces, te ordeno bostezar —dijo el rey—. No he visto a nadie bostezar en años. Los bostezos son curiosos para mí. Vamos, bosteza otra vez. Es una orden.

—Eso me intimida... ya no puedo —respondió el principito, sonrojándose.

—¡Hum! ¡Hum! —refunfuñó el rey—. Entonces te... te ordeno que bosteces a ratos y te abstengas a ratos.

Parecía un poco molesto. El rey insistía mucho en que su autoridad fuera respetada. No toleraba la desobediencia. Era un monarca absoluto, pero como era muy bueno, sólo daba órdenes razonables.

"Si ordenara", decía con frecuencia, "si ordenara a un general convertirse en ave marina, y si el general no obedeciera, no sería culpa del general. Sería mi culpa."

—¿Puedo sentarme? —preguntó tímidamente el principito.

—Te ordeno que te sientes —respondió el rey, mientras movía majestuosamente un extremo de su manto de armiño.

El principito estaba intrigado. La pequeña planeta no tenía espacio. ¿Sobre qué gobernaba el rey?

—Majestad, disculpe mi pregunta...

—Te ordeno que me preguntes —se apresuró a responder el rey.

—Majestad... ¿sobre qué reina?

—Sobre todo —respondió el rey con gran sencillez.

—¿Sobre todo?

El rey hizo un gesto discreto señalando su planeta, las otras estrellas y planetas.

—¿Sobre todo eso? —preguntó el principito.

—Sobre todo eso —respondió el rey.

No solo era un monarca absoluto, también era un monarca universal.

—¿Y las estrellas le obedecen?

—Por supuesto —dijo el rey—. Me obedecen al instante. No tolero la indisciplina.

Ese poder fascinó al principito. Si lo hubiera tenido, habría podido disfrutar no solo de cuarenta y cuatro, sino de setenta y dos, o incluso de cien puestas de sol en el mismo día, sin mover su silla. Recordando con nostalgia su pequeño planeta, se atrevió a pedir un favor:

—Quisiera ver una puesta de sol... Hágame el favor. Ordene al sol que se ponga...

—Si ordenara a un general que volara de flor en flor como una mariposa o que escribiera una tragedia, y si no cumpliera, ¿quién tendría la culpa, él o yo?

—Usted, por supuesto —dijo el principito con firmeza.

—Exacto. Hay que exigir a cada uno lo que pueda dar —continuó el rey—. La autoridad se basa primero en la razón. Si ordenas a tu pueblo que se lance al mar, hará una revolución. Tengo derecho a exigir obediencia porque mis órdenes son razonables.

—¿Y mi puesta de sol? —insistió el principito.

—La tendrás. La exigiré. Pero esperaré a que las condiciones sean favorables, según mi ciencia de gobierno.

—¿Cuándo será eso? —preguntó el principito.

—¡Hum! ¡Hum! —respondió el rey, tras consultar un gran calendario—. ¡Esta noche, hacia las siete cuarenta!

El principito bostezó. Había perdido interés en la puesta de sol y ya empezaba a aburrirse:

—No tengo nada más que hacer aquí. Me voy.

—¡No te vayas! —dijo el rey, orgulloso de tener al fin un súbdito—. ¡Te hago ministro!

—¿Ministro de qué?

—De... ¡de justicia!

—Pero aquí no hay nadie a quien juzgar.

—Nunca se sabe. Aún no he recorrido todo mi reino.

—Ya lo he visto yo —dijo el principito—. No hay nadie...

—Entonces júzgate a ti mismo —dijo el rey—. Es lo más difícil. Si logras juzgarte bien, eres un verdadero sabio.

—Yo puedo juzgarme en cualquier lugar —respondió el principito—. No necesito quedarme aquí.

—¡Hum! ¡Hum! —dijo el rey—. Creo que hay un viejo ratón en alguna parte de mi planeta. Lo oigo por las noches. Podrás juzgar a ese viejo ratón. Lo condenarás a muerte de vez en cuando. Así su vida dependerá de tu justicia. Pero lo perdonarás cada vez para ahorrar. Solo tengo uno.

—No me gusta condenar a muerte —dijo el principito—. Y creo que me voy.

—¡No te vayas! —dijo el rey.

Pero el principito, habiendo preparado ya su partida, no quiso entristecer al viejo monarca:

—Si su majestad desea ser obedecida puntualmente, podría darme una orden razonable, como pedirme que parta en este instante. Las condiciones son favorables...

El rey no respondió, y el principito, tras un suspiro, se marchó.

—¡Te nombro mi embajador! —gritó apresuradamente el rey.

El principito prosiguió su viaje, pensando: “Las personas mayores son realmente extrañas.”

12

Capítulo XI

Empieza: «El segundo planeta estaba habitado por un vanidoso.»

El segundo planeta estaba habitado por un vanidoso.

—¡Ah, ah! ¡Aquí llega un admirador! —exclamó de lejos el vanidoso, al ver al principito.

Porque, para los vanidosos, los demás hombres son admiradores.

—Hola —dijo el principito—. Tienes un sombrero muy extraño.

—Es para saludar —respondió el vanidoso—. Para saludar cuando me aclaman. Lamentablemente, nunca pasa nadie por aquí.

—¿Ah, sí? —dijo el principito, sin comprender.

—Aplaude —le aconsejó el vanidoso.

El principito aplaudió, y el vanidoso saludó modestamente, levantando su sombrero.

—Esto es más divertido que la visita del rey —se dijo el principito, y volvió a aplaudir. El vanidoso volvió a levantar su sombrero.

Después de cinco minutos de este juego, el principito se cansó de la monotonía:

—¿Y qué hay que hacer para que el sombrero se caiga? —preguntó.

Pero el vanidoso no lo escuchó. Los vanidosos sólo oyen elogios.

—¿De verdad me admiras mucho? —preguntó al principito.

—¿Qué significa admirar?

—Admirar significa reconocer que soy el hombre más hermoso, mejor vestido, más rico y más inteligente del planeta.

—¡Pero si estás solo en tu planeta!

—Hazme ese favor, ¡admírame de todas formas!

—Te admiro —dijo el principito, encogiéndose de hombros—. Pero, ¿de qué te sirve?

Y el principito se marchó.

Las personas mayores son definitivamente muy extrañas, se dijo para sí durante su viaje.

13

Capítulo XII

Empieza: «El siguiente planeta estaba habitado por un bebedor. Esta visita fue muy breve, pero sumió al principito en una gran tristeza.»

El siguiente planeta estaba habitado por un bebedor. Esta visita fue muy breve, pero sumió al principito en una gran tristeza.

—¿Qué haces ahí? —preguntó al bebedor, a quien encontró sentado en silencio ante una colección de botellas vacías y otra de botellas llenas.

—Bebo —respondió el bebedor, con aire lúgubre.

—¿Por qué bebes? —le preguntó el principito.

—Para olvidar —respondió el bebedor.

—¿Olvidar qué? —preguntó el principito, que ya lo compadecía.

—Olvidar que tengo vergüenza —confesó el bebedor, bajando la cabeza.

—¿Vergüenza de qué? —insistió el principito, deseando ayudarlo.

—Vergüenza de beber —concluyó el bebedor, que se encerró definitivamente en el silencio.

Y el principito se marchó, perplejo.

Las personas mayores son definitivamente muy, muy extrañas, se decía a sí mismo durante el viaje.

14

Capítulo XIII

Empieza: «El cuarto planeta pertenecía a un hombre de negocios. Este estaba tan ocupado que ni siquiera levantó la cabeza al llegar el...»

El cuarto planeta pertenecía a un hombre de negocios. Este estaba tan ocupado que ni siquiera levantó la cabeza al llegar el principito.

—Hola —le dijo este—. Tu cigarro está apagado.

—Tres y dos son cinco, cinco y siete doce, doce y tres quince. Buenos días. Quince y siete veintidós, veintidós y seis veintiocho. No tengo tiempo de encenderlo. Veintiséis y cinco treinta y uno. ¡Uf! Eso hace quinientos un millones seiscientos veintidós mil setecientos treinta y uno.

—¿Quinientos un millones de qué?

—¿Eh? ¿Sigues ahí? Quinientos un millones de... no sé... ¡Tengo tanto trabajo! ¡Soy un hombre serio! No me entretengo con tonterías. Dos y cinco siete...

—¿Quinientos un millones de qué? —repitió el principito, que nunca renunciaba a una pregunta una vez que la había formulado.

El hombre de negocios levantó la cabeza:

—Desde hace cincuenta y cuatro años que vivo en este planeta, sólo he sido molestado tres veces. La primera fue hace veintidós años, por un abejorro que cayó Dios sabe de dónde. Hacía un ruido espantoso, y cometí cuatro errores en una suma. La segunda vez fue hace once años, por un ataque de reumatismo. No hago ejercicio. No tengo tiempo para paseos. ¡Soy un hombre serio! La tercera vez... es esta. Decía entonces quinientos un millones...

—¿Millones de qué?

El hombre de negocios comprendió que no tendría paz.

—Millones de esas pequeñas cosas que a veces se ven en el cielo.

—¿Moscas?

—No, esas pequeñas cosas que brillan.

—¿Abejas?

—¡No! Esas pequeñas cosas doradas que hacen soñar a los holgazanes. Pero yo soy un hombre serio. No tengo tiempo para soñar.

—¡Ah! ¿Estrellas?

—Eso es. Estrellas.

—¿Y qué haces con quinientos un millones de estrellas?

—Quinientos un millones seiscientos veintidós mil setecientos treinta y uno. Soy un hombre serio, ¡soy preciso!

—¿Y qué haces con esas estrellas?

—¿Qué hago con ellas?

—Sí.

—Nada. Las poseo.

—¿Posees las estrellas?

—Sí.

—Pero ya conocí a un rey que...

—Los reyes no poseen, "reinan sobre". Es muy diferente.

—¿Y para qué te sirve poseer las estrellas?

—Me sirve para ser rico.

—¿Y para qué te sirve ser rico?

—Para comprar más estrellas, si alguien las encuentra.

Ese hombre, se dijo el principito, razona un poco como mi bebedor.

Sin embargo, siguió haciendo preguntas:

—¿Cómo se puede poseer las estrellas?

—¿De quién son? —respondió gruñón el hombre de negocios.

—No lo sé. De nadie.

—Entonces son mías, porque fui el primero en pensarlo.

—¿Eso es suficiente?

—¡Claro! Cuando encuentras un diamante que no pertenece a nadie, es tuyo. Cuando encuentras una isla que no pertenece a nadie, es tuya. Cuando tienes una idea el primero, la patentas: es tuya. Y yo poseo las estrellas porque nadie antes que yo había pensado en poseerlas.

—Eso es cierto —dijo el principito—. ¿Y qué haces con ellas?

—Las administro. Las cuento y las recuento —dijo el hombre de negocios—. Es difícil. Pero soy un hombre serio.

El principito no estaba satisfecho.

—Yo, si poseo un pañuelo, puedo atármelo al cuello y llevármelo. Yo, si poseo una flor, puedo cortarla y llevármela. Pero tú no puedes recoger las estrellas.

—No, pero puedo depositarlas en el banco.

—¿Qué significa eso?

—Escribir en un papel el número de mis estrellas. Luego cierro ese papel con llave en un cajón.

—¿Y eso es todo?

—¡Es suficiente!

Es divertido, pensó el principito. Es bastante poético. Pero no es muy serio.

El principito tenía ideas muy distintas sobre lo que era importante.

—Yo —dijo— tengo una flor que riego todos los días. Tengo tres volcanes que limpio todas las semanas. Incluso limpio el que está apagado. Nunca se sabe. Es útil para mis volcanes, y es útil para mi flor que yo los posea. Pero tú no eres útil para las estrellas.

El hombre de negocios abrió la boca, pero no encontró nada que decir, y el principito se marchó.

Las personas mayores son realmente extraordinarias, se decía a sí mismo durante el viaje.

15

Capítulo XIV

Empieza: «El quinto planeta era muy curioso. Era el más pequeño de todos. Apenas había espacio para un farol y un farolero. El...»

El quinto planeta era muy curioso. Era el más pequeño de todos. Apenas había espacio para un farol y un farolero. El principito no lograba entender para qué podrían servir, en algún lugar del cielo, en un planeta sin casas ni habitantes, un farol y un farolero. Sin embargo, se dijo a sí mismo:

—Quizá este hombre sea absurdo. Pero es menos absurdo que el rey, el vanidoso, el hombre de negocios y el bebedor. Al menos su trabajo tiene un sentido. Cuando enciende su farol, es como si hiciera nacer una estrella más o una flor. Cuando lo apaga, es como si pusiera a dormir a la estrella o la flor. Es una ocupación muy bonita. Es verdaderamente útil porque es bonita.

Cuando llegó al planeta, saludó respetuosamente al farolero:

—Hola. ¿Por qué acabas de apagar tu farol?

—Es la consigna —respondió el farolero—. Hola.

—¿Qué es la consigna?

—Apagar mi farol. Buenas noches.

Y volvió a encenderlo.

—¿Pero por qué acabas de encenderlo?

—Es la consigna —respondió el farolero.

—No entiendo —dijo el principito.

—No hay nada que entender —respondió el farolero—. La consigna es la consigna. Hola.

Y apagó su farol.

Luego se enjugó la frente con un pañuelo a cuadros rojos.

—Tengo un trabajo terrible. Antes era razonable. Apagaba por la mañana y encendía por la noche. Tenía el resto del día para descansar y el resto de la noche para dormir...

—¿Y desde entonces la consigna cambió?

—La consigna no cambió —dijo el farolero—. ¡Ese es el problema! La planeta gira cada vez más rápido, y la consigna no ha cambiado.

—¿Entonces? —preguntó el principito.

—Ahora da una vuelta por minuto, y ya no tengo ni un segundo de descanso. Enciendo y apago una vez por minuto.

—¡Eso es gracioso! ¿En tu planeta los días duran un minuto?

—No es nada gracioso —dijo el farolero—. Hace ya un mes que hablamos.

—¿Un mes?

—Sí. Treinta minutos. Treinta días. Buenas noches.

Y encendió su farol.

El principito lo miró y le gustó aquel farolero que era tan fiel a la consigna. Recordó las puestas de sol que solía buscar tirando de su silla. Quiso ayudar a su amigo:

—¿Sabes? Conozco una manera de que descanses cuando quieras...

—Siempre quiero descansar —dijo el farolero.

Porque uno puede ser fiel y perezoso al mismo tiempo.

El principito continuó:

—Tu planeta es tan pequeño que das la vuelta en tres pasos. Sólo tienes que caminar lo suficientemente lento para quedarte siempre al sol. Cuando quieras descansar, caminas... y el día durará tanto como tú quieras.

—Eso no me sirve de mucho —dijo el farolero—. Lo que me gusta en la vida es dormir.

—Eso es una lástima —dijo el principito.

—Eso es una lástima —dijo el farolero—. Hola.

Y apagó su farol.

Ese sería despreciado por todos los demás, por el rey, el vanidoso, el bebedor, el hombre de negocios, pensó el principito mientras seguía su viaje. Sin embargo, es el único que no me parece ridículo. Tal vez porque se ocupa de algo que no sea él mismo.

Suspiró con pesar y pensó:

Es el único a quien podría haber hecho mi amigo. Pero su planeta es demasiado pequeño. No hay espacio para dos...

Lo que el principito no se atrevía a confesarse era que lamentaba aquel planeta bendito, sobre todo, por los mil cuatrocientos cuarenta atardeceres en veinticuatro horas.

16

Capítulo XV

Empieza: «El sexto planeta era diez veces más grande. Estaba habitado por un anciano que escribía enormes libros.»

El sexto planeta era diez veces más grande. Estaba habitado por un anciano que escribía enormes libros.

—¡Vaya, un explorador! —exclamó al ver al principito.

El principito se sentó sobre la mesa y tomó un respiro. Había viajado mucho.

—¿De dónde vienes? —le dijo el anciano.

—¿Qué es este libro tan grande? —preguntó el principito—. ¿Qué haces aquí?

—Soy geógrafo —respondió el anciano.

—¿Qué es un geógrafo?

—Es un sabio que sabe dónde están los mares, los ríos, las ciudades, las montañas y los desiertos.

—¡Qué interesante! —dijo el principito—. Por fin un trabajo de verdad.

Y miró alrededor del planeta del geógrafo. Nunca había visto un planeta tan majestuoso.

—Tu planeta es hermoso. ¿Tiene océanos?

—No lo sé —respondió el geógrafo.

—¡Ah! —El principito se sintió decepcionado—. ¿Y montañas?

—No lo sé —respondió el geógrafo.

—¿Y ciudades, ríos, desiertos?

—Tampoco lo sé —dijo el geógrafo.

—¡Pero eres geógrafo!

—Exacto, pero no soy explorador. Me faltan exploradores. No es el geógrafo quien cuenta las ciudades, ríos, montañas, mares, océanos y desiertos. El geógrafo es demasiado importante para andar por ahí. No deja su escritorio. Pero recibe a los exploradores, los interroga y anota sus recuerdos. Y si las historias de un explorador parecen interesantes, el geógrafo investiga su moralidad.

—¿Por qué?

—Porque un explorador que mienta provocaría desastres en los libros de geografía. También uno que beba demasiado.

—¿Por qué?

—Porque los bebedores ven doble. Así que el geógrafo anotaría dos montañas donde solo hay una.

—Conozco a alguien que sería un mal explorador —dijo el principito.

—Es posible. Pero cuando la moralidad del explorador parece buena, se investiga su descubrimiento.

—¿Van a verlo?

—No, es demasiado complicado. Se exige al explorador que aporte pruebas. Si se trata, por ejemplo, de una montaña, se le pide que traiga piedras grandes.

El geógrafo se emocionó de repente.

—¡Pero tú vienes de lejos! ¡Eres un explorador! ¡Descríbeme tu planeta!

Y, abriendo su registro, afiló su lápiz. Primero se anotan los relatos a lápiz. Se espera para escribir con tinta hasta que el explorador presente pruebas.

—Entonces, ¿qué hay? —preguntó el geógrafo.

—Oh, en mi planeta no hay mucho. Es pequeño. Tengo tres volcanes. Dos en actividad y uno apagado. Pero nunca se sabe.

—Nunca se sabe —dijo el geógrafo.

—También tengo una flor.

—No anotamos flores —dijo el geógrafo.

—¿Por qué? ¡Es lo más hermoso!

—Porque las flores son efímeras.

—¿Qué significa "efímera"?

—Los libros de geografía son los más serios de todos los libros —dijo el geógrafo—. Nunca pasan de moda. Es muy raro que una montaña cambie de lugar. Es muy raro que un océano se vacíe. Escribimos cosas eternas.

—Pero los volcanes apagados pueden despertar —interrumpió el principito—. ¿Qué significa "efímera"?

—Que los volcanes estén apagados o activos no importa. Lo que cuenta es la montaña. No cambia.

—¿Qué significa "efímera"? —repitió el principito, que nunca renunciaba a una pregunta.

—Significa "amenazada de desaparición inminente".

—¿Mi flor está amenazada de desaparición inminente?

—Por supuesto.

Mi flor es efímera, pensó el principito, y solo tiene cuatro espinas para defenderse. ¡Y la dejé sola!

Por primera vez, sintió remordimientos. Pero recobró el ánimo:

—¿Qué me aconsejas visitar? —preguntó.

—La Tierra —respondió el geógrafo—. Tiene una buena reputación.

Y el principito partió, pensando en su flor.

17

Capítulo XVI

Empieza: «La séptima planeta fue, por tanto, la Tierra.»

La séptima planeta fue, por tanto, la Tierra.

La Tierra no es un planeta cualquiera. En ella hay ciento once reyes (sin olvidar, por supuesto, los reyes negros), siete mil geógrafos, novecientos mil hombres de negocios, siete millones y medio de bebedores, trescientos once millones de vanidosos, es decir, aproximadamente dos mil millones de personas mayores.

Para que te hagas una idea de las dimensiones de la Tierra, te diré que, antes de la invención de la electricidad, se necesitaba en sus seis continentes una verdadera legión de cuatrocientos sesenta y dos mil quinientos once faroleros para encender los faroles.

Visto desde un poco lejos, era un espectáculo espléndido. Los movimientos de esa legión estaban organizados como los de un ballet de ópera. Primero, llegaba el turno de los faroleros de Nueva Zelanda y Australia. Encendían sus faroles y se iban a dormir. Entonces entraban en acción los faroleros de China y Siberia. Después, ellos también se retiraban tras bastidores. Seguían los faroleros de Rusia y las Indias. Luego, los de África y Europa. Más tarde, los de América del Sur y, finalmente, los de América del Norte. Jamás se equivocaban en su orden de entrada. Era grandioso.

Solo el farolero del único farol del Polo Norte y su colega del Polo Sur llevaban una vida de ociosidad y despreocupación: trabajaban apenas dos veces al año.

18

Capítulo XVII

Empieza: «Cuando uno quiere hacer bromas, a veces exagera un poco. No fui del todo honesto al hablar de los faroleros. Podría haber...»

Cuando uno quiere hacer bromas, a veces exagera un poco. No fui del todo honesto al hablar de los faroleros. Podría haber dado una idea equivocada de nuestro planeta a quienes no lo conocen. Los hombres ocupan muy poco espacio en la Tierra. Si los dos mil millones de habitantes de la Tierra se pusieran de pie, un poco apretados, como en un mitin, cabrían fácilmente en una plaza de veinte millas de largo por veinte millas de ancho. Podría colocarse a toda la humanidad en la isla más pequeña del Pacífico.

Las personas mayores, claro está, no te creerán. Ellas se imaginan ocupar mucho espacio. Se ven importantes como los baobabs. Por eso deberías sugerirles que hagan el cálculo. Les encantan las cifras: eso les gustará. Pero no pierdas tu tiempo en esa tarea. Es inútil. Confía en mí.

El principito, una vez en la Tierra, se sorprendió mucho al no ver a nadie. Temió haberse equivocado de planeta, cuando algo como un anillo color de luna se movió en la arena.

—Buenas noches —dijo el principito al azar.

—Buenas noches —respondió el serpiente.

—¿En qué planeta he caído? —preguntó el principito.

—En la Tierra. En África —respondió el serpiente.

—¡Ah! Entonces, ¿no hay nadie en la Tierra?

—Aquí es el desierto. No hay nadie en los desiertos. La Tierra es grande —dijo el serpiente.

El principito se sentó sobre una roca y levantó los ojos al cielo:

—Me pregunto —dijo— si las estrellas están iluminadas para que cada uno pueda encontrar algún día la suya. Mira mi planeta. Está justo encima de nosotros... Pero ¡qué lejos está!

—Es hermoso —dijo el serpiente—. ¿Qué vienes a hacer aquí?

—Tengo problemas con una flor —dijo el principito.

—Ah —respondió el serpiente.

Y se quedaron en silencio.

—¿Dónde están los hombres? —preguntó finalmente el principito—. Uno se siente solo en el desierto...

—También uno se siente solo entre los hombres —dijo el serpiente.

El principito lo miró largo rato:

—Eres un animal extraño —le dijo por fin—, delgado como un dedo...

—Pero soy más poderoso que el dedo de un rey —respondió el serpiente.

El principito sonrió:

—No eres muy poderoso... ni siquiera tienes patas... No puedes viajar...

—Puedo llevarte más lejos que un barco —dijo el serpiente.

Se enroscó alrededor del tobillo del principito, como un brazalete de oro:

—A quien toco, lo devuelvo a la tierra de donde salió —añadió—. Pero tú eres puro y vienes de una estrella...

El principito no respondió nada.

—Me das lástima, tan débil, en esta Tierra de granito. Puedo ayudarte algún día si echas demasiado de menos tu planeta. Puedo...

—¡Oh! He entendido perfectamente —interrumpió el principito—. Pero ¿por qué hablas siempre en enigmas?

—Yo los resuelvo todos —respondió el serpiente.

Y se quedaron en silencio.

19

Capítulo XVIII

Empieza: «El principito atravesó el desierto y solo encontró una flor. Una flor de tres pétalos, una flor sin importancia...»

El principito atravesó el desierto y solo encontró una flor. Una flor de tres pétalos, una flor sin importancia...

—Hola —dijo el principito.

—Hola —respondió la flor.

—¿Dónde están los hombres? —preguntó educadamente el principito.

La flor, que un día había visto pasar una caravana, respondió:

—¿Los hombres? Creo que existen seis o siete. Los vi hace años, pero nunca se sabe dónde encontrarlos. El viento los lleva. No tienen raíces y eso les molesta mucho.

—Adiós —dijo el principito.

—Adiós —respondió la flor.

20

Capítulo XIX

Empieza: «El principito escaló una alta montaña. Las únicas montañas que conocía eran los tres volcanes de su planeta, que le llegaban a...»

El principito escaló una alta montaña. Las únicas montañas que conocía eran los tres volcanes de su planeta, que le llegaban a la rodilla. Y usaba el volcán apagado como taburete. "Desde una montaña tan alta como esta", se dijo, "podré ver toda la Tierra de un solo vistazo y a todos los hombres..." Pero no vio más que picos de roca afilados.

—Hola —dijo al azar.

—Hola... hola... hola... —respondió el eco.

—¿Quiénes son? —dijo el principito.

—¿Quiénes son... quiénes son... quiénes son...? —respondió el eco.

—Sean mis amigos. Estoy solo —dijo él.

—Estoy solo... estoy solo... estoy solo... —respondió el eco.

"¡Qué planeta tan extraño!", pensó entonces. "Es todo seco, puntiagudo y salado. Y los hombres carecen de imaginación. Repiten lo que se les dice... En mi casa tenía una flor: ella siempre hablaba primero."

21

Capítulo XX

Empieza: «Pero sucedió que el principito, tras caminar durante mucho tiempo por arenas, rocas y nieves, encontró finalmente un camino. Y todos los...»

Pero sucedió que el principito, tras caminar durante mucho tiempo por arenas, rocas y nieves, encontró finalmente un camino. Y todos los caminos conducen a los hombres.

—Hola —dijo.

Era un jardín lleno de rosas.

—Hola —respondieron las rosas.

El principito las miró. Se parecían todas a su flor.

—¿Quiénes son? —les preguntó, asombrado.

—Somos rosas —dijeron las rosas.

—Ah... —hizo el principito.

Y se sintió profundamente desdichado. Su flor le había contado que era única en el universo. Y aquí había cinco mil, todas iguales, en un solo jardín.

"Estaría muy ofendida", pensó, "si viera esto... tosería muchísimo y fingiría morir para evitar el ridículo. Y yo tendría que fingir

cuidarla, porque, si no, para humillarme a mí también, de verdad se dejaría morir..."

Luego pensó: "Yo creía que era rico con una flor única, y resulta que no tengo más que una rosa común. Eso y mis tres volcanes, que me llegan a la rodilla y de los cuales uno, quizás, está apagado para siempre, no hacen de mí un gran príncipe..."

Y, acostado sobre la hierba, lloró.

22

Capítulo XXI

Empieza: «Fue entonces cuando apareció el zorro.»

Fue entonces cuando apareció el zorro.

—Hola —dijo el zorro.

—Hola —respondió educadamente el principito, que se volvió, pero no vio a nadie.

—Estoy aquí —dijo la voz—, bajo el manzano.

—¿Quién eres? —dijo el principito—. Eres muy bonito...

—Soy un zorro —dijo el zorro.

—Ven a jugar conmigo —le propuso el principito—. Estoy tan triste...

—No puedo jugar contigo —dijo el zorro—. No estoy domesticado.

—¡Ah! Perdón —dijo el principito.

Pero tras reflexionar, añadió:

—¿Qué significa "domesticar"?

—No eres de aquí —dijo el zorro—. ¿Qué buscas?

—Busco a los hombres —dijo el principito—. ¿Qué significa "domesticar"?

—Los hombres —dijo el zorro— tienen fusiles y cazan. Es muy molesto. También crían gallinas. Es lo único que les interesa. ¿Buscas gallinas?

—No —dijo el principito—. Busco amigos. ¿Qué significa "domesticar"?

—Es algo casi olvidado —dijo el zorro—. Significa "crear lazos".

—¿Crear lazos?

—Por supuesto —dijo el zorro—. Ahora mismo no eres para mí más que un niño igual a otros cien mil niños. Y no te necesito. Y tú tampoco me necesitas. No soy para ti más que un zorro igual a otros cien mil zorros. Pero si me domesticas, nos necesitaremos el uno al otro. Serás para mí único en el mundo. Yo seré para ti único en el mundo.

—Empiezo a entender —dijo el principito—. Hay una flor... creo que me ha domesticado...

—Es posible —dijo el zorro—. En la Tierra se ven todo tipo de cosas.

—¡Oh! No es en la Tierra —dijo el principito.

El zorro se mostró muy intrigado:

—¿En otro planeta?

—Sí.

—¿Hay cazadores en ese planeta?

—No.

—¡Eso es interesante! ¿Y gallinas?

—No.

—Nada es perfecto —suspiró el zorro.

Pero el zorro volvió a su idea:

—Mi vida es monótona. Cazo gallinas, y los hombres me cazan. Todas las gallinas se parecen, y todos los hombres se parecen. Me aburro un poco. Pero si me domesticas, mi vida se llenará de sol. Conoceré un ruido de pasos que será distinto a todos los demás. Los otros pasos me hacen esconderme bajo tierra. Los tuyos me llamarán fuera de mi madriguera, como una música. Y mira, ¿ves allá los campos de trigo? No como pan. El trigo es inútil para mí. Los campos de trigo no me recuerdan nada. Y eso es triste. Pero tú tienes el cabello dorado. Entonces será maravilloso cuando me hayas domesticado. El trigo, que es dorado, me recordará a ti. Y amaré el sonido del viento en el trigo...

El zorro se quedó en silencio y miró al principito durante mucho tiempo:

—Por favor... domestícame —dijo.

—Quiero hacerlo —respondió el principito—, pero no tengo mucho tiempo. Tengo amigos que descubrir y muchas cosas que conocer.

—Solo se conocen bien las cosas que se domestican —dijo el zorro —. Los hombres ya no tienen tiempo para conocer nada. Compran cosas hechas en las tiendas. Pero como no hay tiendas de amigos, los hombres ya no tienen amigos. Si quieres un amigo, domestícame.

—¿Qué debo hacer? —preguntó el principito.

—Debes ser muy paciente —respondió el zorro—. Primero te sentarás un poco lejos de mí, así, en la hierba. Yo te miraré de reojo y tú no dirás nada. El lenguaje es fuente de malentendidos. Pero cada día podrás sentarte un poco más cerca...

Al día siguiente, volvió el principito.

—Habría sido mejor que volvieras a la misma hora —dijo el zorro—. Si vienes, por ejemplo, a las cuatro de la tarde, empezaré a ser feliz desde las tres. Cuanto más avance la hora, más feliz me sentiré. A las cuatro, ya estaré inquieto y agitado; ¡descubriré el precio de la felicidad! Pero si vienes en cualquier momento, nunca sabré a qué hora preparar mi corazón. Los ritos son necesarios.

—¿Qué es un rito? —preguntó el principito.

—Es algo también casi olvidado —dijo el zorro—. Es lo que hace que un día sea diferente a los otros días, una hora, diferente a las otras horas. Hay un rito, por ejemplo, entre mis cazadores. Los jueves, bailan con las chicas del pueblo. Entonces, el jueves es un día maravilloso. Voy a pasear hasta la viña. Si los cazadores bailaran en cualquier momento, todos los días serían iguales, y yo no tendría vacaciones.

Así, el principito domesticó al zorro. Y cuando se acercó la hora de partir, el zorro dijo:

—¡Ah! Voy a llorar.

—Es tu culpa —dijo el principito—. Yo no quería hacerte daño, pero tú quisiste que te domesticara.

—Por supuesto —dijo el zorro.

—Pero vas a llorar —dijo el principito.

—Por supuesto —dijo el zorro.

—Entonces, ¿qué ganas?

—Gano —dijo el zorro—, por el color del trigo.

Luego añadió:

—Vuelve a ver las rosas. Comprenderás que la tuya es única en el mundo. Regresa para decirme adiós, y te regalaré un secreto.

El principito fue a ver las rosas.

—No se parecen en nada a mi rosa, no son nada todavía —les dijo—. Nadie las ha domesticado, y ustedes no han domesticado a nadie. Son como era mi zorro: solo un zorro igual a cien mil otros. Pero yo lo hice mi amigo, y ahora es único en el mundo.

Las rosas se sintieron incómodas.

—Son bellas, pero están vacías —les dijo—. Nadie daría la vida por ustedes. Claro, un transeúnte común creería que mi rosa se parece a ustedes. Pero ella sola es más importante que todas ustedes, porque es a ella a quien regué. Porque es a ella a quien puse bajo un globo. Porque es a ella a quien protegí con un biombo. Porque es a ella a quien maté las orugas (excepto dos o tres para las mariposas). Porque es a ella a quien escuché quejarse, o vanagloriarse, o incluso a veces quedarse callada. Porque es mi rosa.

Y regresó con el zorro.

—Adiós —dijo.

—Adiós —dijo el zorro—. Este es mi secreto. Es muy simple: solo se ve bien con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos.

—Lo esencial es invisible a los ojos —repitió el principito, para recordarlo.

—Es el tiempo que has perdido por tu rosa lo que hace que sea tan importante.

—Es el tiempo que he perdido por mi rosa... —repitió el principito, para recordarlo.

—Los hombres han olvidado esta verdad —dijo el zorro—. Pero tú no debes olvidarla. Eres responsable para siempre de lo que has domesticado. Eres responsable de tu rosa...

—Soy responsable de mi rosa... —repitió el principito, para recordarlo.

2 3

Capítulo XXII

Empieza: «Hola —dijo el principito.»

—Hola —dijo el principito.

—Hola —respondió el guardagujas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el principito.

—Clasifico a los viajeros por grupos de mil —dijo el guardagujas—. Despacho los trenes que los llevan, unos hacia la derecha, otros hacia la izquierda.

Un tren rápido, iluminado y rugiendo como un trueno, hizo temblar la caseta del guardagujas.

—Tienen mucha prisa —dijo el principito—. ¿Qué buscan?

—Ni siquiera el conductor lo sabe —respondió el guardagujas.

Otro tren rápido, también iluminado, pasó en dirección contraria.

—¿Ya están regresando? —preguntó el principito.

—No son los mismos —respondió el guardagujas—. Es un intercambio.

—¿No estaban contentos donde estaban?

—Nunca se está contento donde se está —dijo el guardagujas.

Un tercer tren rápido pasó rugiendo.

—¿Persiguen a los primeros viajeros? —preguntó el principito.

—No persiguen nada —dijo el guardagujas—. Allí dentro duermen, o bostezan. Solo los niños aplastan su nariz contra las ventanas.

—Solo los niños saben lo que buscan —dijo el principito—. Pierden tiempo con una muñeca de trapo, y ella se vuelve muy importante, y si se la quitan, lloran...

—Tienen suerte —dijo el guardagujas.

24

Capítulo XXIII

Empieza: «Hola —dijo el principito.»

—Hola —dijo el principito.

—Hola —respondió el comerciante.

Era un comerciante de píldoras perfeccionadas que calmaban la sed. Se tomaba una por semana y ya no se sentía la necesidad de beber.

—¿Por qué vendes esto? —preguntó el principito.

—Es una gran economía de tiempo —dijo el comerciante—. Los expertos han calculado que se ahorran cincuenta y tres minutos por semana.

—¿Y qué se hace con esos cincuenta y tres minutos?

—Lo que uno quiera...

"Si yo tuviera cincuenta y tres minutos de sobra", se dijo el principito, "caminaría tranquilamente hacia una fuente..."

25

Capítulo XXIV

Empieza: «Llevábamos ocho días varados en el desierto, y yo había escuchado la historia del comerciante mientras bebía la última gota de mi...»

Llevábamos ocho días varados en el desierto, y yo había escuchado la historia del comerciante mientras bebía la última gota de mi reserva de agua.

—¡Ah! —dije al principito—. Son muy bonitos tus recuerdos, pero todavía no he reparado mi avión, no me queda nada para beber, y me haría muy feliz, también a mí, poder caminar tranquilamente hacia una fuente.

—Mi amigo el zorro... —dijo él.

—Mi pequeño amigo, ya no se trata del zorro...

—¿Por qué?

—Porque vamos a morir de sed...

No entendió mi razonamiento y me respondió:

—Es bueno haber tenido un amigo, aunque uno esté a punto de morir. Yo estoy contento de haber tenido un amigo zorro.

No comprende el peligro, pensé. Él nunca tiene hambre ni sed. Un poco de sol le basta...

Pero me miró y respondió a mi pensamiento:

—Yo también tengo sed... Busquemos un pozo.

Hice un gesto de cansancio: buscar un pozo al azar en la inmensidad del desierto era absurdo. Sin embargo, nos pusimos en marcha.

Caminamos durante horas en silencio. La noche cayó y las estrellas comenzaron a brillar. Las veía como en un sueño, con algo de fiebre por la sed. Las palabras del principito danzaban en mi memoria.

—¿Tienes sed también? —le pregunté.

Pero no respondió a mi pregunta. Solo dijo:

—El agua puede ser buena para el corazón...

No entendí su respuesta, pero me quedé callado. Sabía que no debía interrogarlo.

Estaba cansado. Se sentó. Me senté a su lado. Y, tras un silencio, dijo:

—Las estrellas son hermosas, por una flor que no se ve...

—Es verdad —respondí, y miré en silencio las ondulaciones de la arena bajo la luna.

—El desierto es bello —añadió.

Y era cierto. Siempre me había gustado el desierto. Uno se sienta en una duna de arena. No se ve nada. No se oye nada. Y, sin embargo, algo brilla en el silencio...

—Lo que hace hermoso al desierto —dijo el principito— es que en algún lugar esconde un pozo...

Me sorprendió de pronto comprender ese misterioso brillo de la arena. Cuando era niño, vivía en una casa antigua, y la leyenda decía que allí había un tesoro enterrado. Claro que nunca nadie lo encontró, ni quizá siquiera lo buscó. Pero la casa tenía un encanto especial por ese secreto en su corazón.

—Es verdad —le dije al principito—. Ya sea una casa, las estrellas o el desierto, lo que las hace hermosas es invisible.

—Me alegra que estés de acuerdo con mi zorro —dijo.

El principito se quedó dormido. Lo tomé en mis brazos y reanudé la marcha. Me sentía conmovido. Me parecía llevar un frágil tesoro. Nada en la Tierra podía ser más frágil. A la luz de la luna, miré su frente pálida, sus ojos cerrados, sus mechones de cabello que temblaban al viento, y pensé: Lo que veo aquí no es más que una cáscara. Lo más importante es invisible...

Sus labios entreabiertos esbozaban una sonrisa, y pensé: Lo que me conmueve tanto en este principito dormido es su lealtad a una flor. Es la imagen de una rosa que brilla en él como la llama de una lámpara, incluso cuando duerme... Y lo sentí aún más frágil. Hay que proteger bien las lámparas: un golpe de viento puede apagarlas...

Y, caminando así, encontré el pozo al amanecer.

2 6

Capítulo XXV

Empieza: «Los hombres —dijo el principito— se suben a los trenes rápidos, pero ya no saben lo que buscan. Por eso se agitan...»

—Los hombres —dijo el principito— se suben a los trenes rápidos, pero ya no saben lo que buscan. Por eso se agitan y dan vueltas en círculos...

Y añadió:

—No vale la pena...

El pozo al que habíamos llegado no se parecía a los otros pozos del Sahara. Los pozos saharianos son simples agujeros cavados en la arena. Este parecía un pozo de aldea. Pero allí no había ninguna aldea, y me parecía estar soñando.

—Es extraño —dije al principito—. Todo está listo: la polea, el cubo y la cuerda...

Él rió, tocó la cuerda y puso en movimiento la polea, que gimió como una vieja veleta cuando el viento ha dormido durante mucho tiempo.

—¿Lo oyes? —dijo el principito—. Hemos despertado al pozo, y está cantando...

No quería que hiciera un esfuerzo:

—Déjame hacerlo —le dije—, es demasiado pesado para ti.

Lentamente levanté el cubo hasta el brocal. Lo coloqué firmemente sobre el borde. En mis oídos aún resonaba el canto de la polea, y en el agua que todavía temblaba veía brillar el sol.

—Tengo sed de esa agua —dijo el principito—. Dame de beber...

Y entendí lo que había estado buscando.

Llevé el cubo hasta sus labios. Bebió con los ojos cerrados. Era dulce como una fiesta. Aquella agua era mucho más que un alimento. Había nacido de la caminata bajo las estrellas, del canto de la polea, del esfuerzo de mis brazos. Era buena para el corazón, como un regalo. Cuando era niño, la luz del árbol de Navidad, la música de la misa de medianoche, la dulzura de las sonrisas, hacían que los regalos de Navidad que recibía brillaran de una manera similar.

—Los hombres de tu planeta —dijo el principito— cultivan cinco mil rosas en un solo jardín... y no encuentran lo que buscan.

—No lo encuentran —respondí.

—Sin embargo, lo que buscan podría encontrarse en una sola rosa o en un poco de agua...

—Por supuesto —respondí.

Y el principito añadió:

—Pero los ojos están ciegos. Hay que buscar con el corazón.

Había bebido. Respiraba bien. El amanecer hacía que el desierto tuviera un color de miel. También yo estaba feliz con aquel color de miel. ¿Por qué, entonces, sentía una tristeza tan grande?

—Debes cumplir tu promesa —me dijo suavemente el principito, que se había sentado otra vez junto a mí.

—¿Qué promesa?

—Lo sabes... una bozal para mi cordero... Soy responsable de esa flor.

Saqué de mi bolsillo los bocetos que había hecho. El principito los vio y dijo riendo:

—Tus baobabs parecen coles...

—¡Oh!

Yo, que estaba tan orgulloso de mis baobabs...

—Tu zorro... sus orejas... parecen cuernos... y son demasiado largas.

Y rió de nuevo.

—Eres injusto, pequeño amigo. No sabía dibujar nada más que boas cerradas y boas abiertas.

—Oh, eso está bien —dijo—. Los niños lo entienden.

Así que dibujé un bozal. Y sentí un nudo en el corazón al dárselo.

—Tienes planes que no me has contado...

Pero no me respondió. Solo dijo:

—Sabes, mi caída en la Tierra... mañana será el aniversario.

Luego, tras un silencio, añadió:

—Caí muy cerca de aquí...

Y se sonrojó.

De nuevo sentí esa extraña tristeza sin comprender del todo por qué. Sin embargo, una pregunta surgió en mi mente:

—Entonces, ¿no fue por casualidad que, la mañana en que te conocí, hace ocho días, paseabas solo, a mil millas de cualquier lugar habitado? ¿Volvías al lugar donde caíste?

El principito volvió a sonrojarse.

Y añadí, vacilante:

—¿Quizás por el aniversario?

El principito se sonrojó de nuevo. Nunca respondía a las preguntas, pero cuando alguien se sonroja, eso significa "sí", ¿verdad?

—¡Ah! —le dije—. Tengo miedo...

Pero él me respondió:

—Ahora tienes que trabajar. Debes volver a tu avión. Te esperaré aquí. Regresa mañana por la tarde...

No me sentía tranquilo. Recordé al zorro. Uno corre el riesgo de llorar un poco si se deja domesticar...

27

Capítulo XXVI

Empieza: «Junto al pozo había una vieja pared de piedra en ruinas. Cuando volví de mi trabajo, la tarde siguiente, vi a lo...»

Junto al pozo había una vieja pared de piedra en ruinas. Cuando volví de mi trabajo, la tarde siguiente, vi a lo lejos al principito sentado en lo alto, con las piernas colgando. Y le oí hablar:

—¿No lo recuerdas? —decía—. ¡No era exactamente aquí!

Otra voz, sin duda, le respondía, porque él replicó:

—¡Sí! ¡Sí! Es el día, pero este no es el lugar...

Me acerqué al muro. No veía ni oía a nadie más. Sin embargo, el principito volvió a hablar:

—Claro, verás dónde comienza mi huella en la arena. Solo tienes que esperarme allí. Iré esta noche...

Estaba a veinte metros del muro, pero aún no veía a nadie.

El principito habló de nuevo tras un silencio:

—¿Tienes un veneno bueno? ¿Estás seguro de que no me harás sufrir mucho?

Me detuve, con el corazón encogido, pero seguía sin comprender.

—Ahora vete —dijo él—. Quiero bajar.

Entonces bajé la mirada hacia el pie del muro y di un salto. Allí estaba, levantado hacia el principito, uno de esos serpientes amarillos que matan en treinta segundos. Mientras buscaba mi revólver en el bolsillo, corrí hacia él. Al oírme, la serpiente se deslizó suavemente sobre la arena, como un chorro de agua que se extingue, y se escabulló entre las piedras con un leve sonido metálico.

Llegué justo a tiempo para atrapar en mis brazos a mi pequeño amigo, tan pálido como la nieve.

—¿Qué historia es esta? ¡Ahora hablas con serpientes!

Le quité su eterna bufanda dorada. Mojé sus sienes y le hice beber. Pero no me atrevía a preguntarle nada. Me miró gravemente y rodeó mi cuello con sus brazos. Sentí su corazón latir como el de un pajarillo moribundo alcanzado por una bala. Me dijo:

—Me alegra que hayas encontrado lo que le faltaba a tu avión. Ahora podrás regresar a casa...

—¿Cómo lo sabes?

Justo iba a anunciarle que, contra toda esperanza, había logrado reparar mi avión.

No respondió a mi pregunta. Solo añadió:

—Yo también regreso hoy a casa...

Y, melancólico, dijo:

—Es mucho más lejos... y mucho más difícil...

Sentía que algo extraordinario estaba ocurriendo. Lo estreché contra mí como a un niño pequeño, pero sentía que él caía

lentamente hacia un abismo que no podía detener...

Acababa de anunciarle que, contra toda esperanza, había logrado reparar mi avión.

No respondió nada a mi comentario, pero añadió:

—Yo también, hoy, regreso a casa...

Luego, melancólico, añadió:

—Es mucho más lejos... es mucho más difícil...

Sentía que algo extraordinario estaba ocurriendo. Lo estreché entre mis brazos como a un niño pequeño, pero parecía que se deslizaba verticalmente hacia un abismo que yo no podía detener...

Tenía la mirada seria, perdida en la lejanía:

—Tengo tu cordero. Y tengo la caja para el cordero. Y tengo el bozal...

Y sonrió con melancolía.

Esperé mucho tiempo. Sentía que poco a poco recuperaba algo de calor:

—Pequeño amigo, has tenido miedo...

¡Claro que había tenido miedo! Pero rió suavemente:

—Tendré mucho más miedo esta noche...

De nuevo me recorrió un escalofrío ante el sentimiento de lo irreversible. Y comprendí que no soportaría la idea de no volver a escuchar su risa. Para mí, era como una fuente en el desierto.

—Pequeño amigo, quiero oírte reír otra vez...

Pero él dijo:

—Esta noche se cumplirá un año. Mi estrella estará justo encima del lugar donde caí el año pasado...

—Pequeño amigo, ¿no será esto un mal sueño, esta historia del serpiente, la cita y la estrella?

Pero no respondió a mi pregunta. Solo dijo:

—Lo importante no se ve...

—Claro...

—Es como con la flor. Si amas a una flor que se encuentra en una estrella, es dulce mirar el cielo por la noche. Todas las estrellas están florecidas.

—Claro...

—Es como con el agua. La que me diste era como música, gracias a la polea y la cuerda... ¿recuerdas? Era buena.

—Claro...

—Por la noche mirarás las estrellas. Es demasiado pequeño mi planeta como para mostrarte dónde está mi estrella. Mejor así. Mi estrella será una de las muchas estrellas. Entonces, cuando mires el cielo, te gustarán todas... Todas serán tus amigas. Y además, te haré un regalo...

Volvió a reír.

—¡Ah! Pequeño amigo, pequeño amigo, ¡cómo me gusta oír tu risa!

—Ese será mi regalo... será como con el agua...

—¿Qué quieres decir?

—Las personas tienen estrellas que no son iguales. Para los viajeros, las estrellas son guías. Para otros, no son más que pequeñas luces. Para los sabios, son problemas. Para mi hombre de negocios, eran oro. Pero todas esas estrellas permanecen en silencio. Tú, en cambio, tendrás estrellas como nadie más...

—¿Qué quieres decir?

—Cuando mires el cielo por la noche, puesto que habitaré en una de esas estrellas, y puesto que en una de esas estrellas reiré, será para ti como si todas las estrellas rieran. ¡Tendrás estrellas que saben reír!

Y rió otra vez.

—Y cuando estés consolado (siempre nos consolamos), estarás contento de haberme conocido. Siempre serás mi amigo. Sentirás ganas de reír conmigo. Y abrirás a veces tu ventana, así, por placer... Y tus amigos se sorprenderán al verte reír mirando al cielo. Entonces les dirás: "¡Sí, las estrellas siempre me hacen reír!" Y ellos pensarán que estás loco. Te habré jugado una broma muy traviesa...

Y rió otra vez.

—Será como si te hubiera dado, en vez de estrellas, un montón de pequeños cascabeles que saben reír...

Rió de nuevo. Luego se puso serio:

—Esta noche... ya sabes... no vengas.

—No te dejaré.

—Pareceré sufrir un poco... pareceré morir. Es así. No vengas a ver esto, no vale la pena...

—No te dejaré.

Pero estaba preocupado.

—Te lo digo... también por la serpiente. No debe morderte. Los serpientes son malvados. Pueden morder solo por placer...

—No te dejaré.

Algo pareció tranquilizarlo:

—Es verdad que no tienen veneno para un segundo mordisco...

Esa noche no lo vi ponerse en marcha. Había escapado en silencio. Cuando logré alcanzarlo, caminaba con decisión, a paso rápido. Me dijo solamente:

—Ah, estás aquí...

Y me tomó de la mano. Pero aún estaba inquieto:

—Te equivocaste. Tendrás pena. Pareceré muerto, pero no será verdad...

Yo permanecía en silencio.

—Entiende. Está demasiado lejos. No puedo llevarme este cuerpo. Es demasiado pesado.

Yo permanecía en silencio.

—Pero será como una vieja cáscara abandonada. No es triste dejar atrás una vieja cáscara...

Yo permanecía en silencio.

Pareció desanimarse un poco. Pero hizo un esfuerzo:

—Será agradable, ya verás. También yo miraré las estrellas. Todas las estrellas serán pozos con poleas oxidadas. Todas las estrellas me darán agua...

Yo permanecía en silencio.

—Será tan divertido... Tú tendrás quinientos millones de cascabeles, yo tendré quinientas millones de fuentes...

Y se quedó callado también, porque estaba llorando...

—Es aquí. Déjame dar un paso solo.

Y se sentó porque tenía miedo.

Dijo todavía:

—¿Sabes? Mi flor... soy responsable de ella. Y es tan débil. ¡Es tan ingenua! Solo tiene cuatro espinas insignificantes para protegerse del mundo...

Yo me senté porque ya no podía mantenerme de pie. Dijo:

—Eso es todo...

Aún dudó un poco. Luego se levantó. Dio un paso. Yo no podía moverme.

Solo hubo un destello amarillo cerca de su tobillo. Permaneció un instante inmóvil. No gritó. Cayó suavemente, como cae un árbol. No hizo ni el menor ruido, por la arena.

28

Capítulo XXVII

Empieza: «Y ahora, por supuesto, ya han pasado seis años... Nunca antes había contado esta historia. Los compañeros que me volvieron a ver...»

Y ahora, por supuesto, ya han pasado seis años... Nunca antes había contado esta historia. Los compañeros que me volvieron a ver estaban muy contentos de encontrarme vivo. Yo estaba triste, pero les decía: "Es el cansancio..."

Ahora me he consolado un poco. Es decir... no del todo. Pero sé bien que él regresó a su planeta, porque al amanecer no encontré su cuerpo. No era un cuerpo tan pesado... Y me gusta escuchar, por las noches, las estrellas. Es como tener quinientos millones de cascabeles...

Pero ocurre algo extraordinario. La bozal que dibujé para el principito... ¡olvidé agregarle la correa de cuero! Nunca pudo haberla sujetado al cordero. Entonces me pregunto: "¿Qué habrá pasado en su planeta? ¿Quizás el cordero se comió la flor?"

A veces me digo: "¡Seguramente que no! El principito guarda su flor todas las noches bajo su globo de cristal, y vigila bien a su cordero..." Entonces me siento feliz. Y todas las estrellas ríen suavemente.

Otras veces me digo: "Uno puede distraerse alguna vez, y eso es suficiente. Una noche olvidó el globo de cristal, o el cordero salió sin hacer ruido mientras dormía..." Entonces, los cascabeles se convierten todos en lágrimas...

Es un gran misterio. Para ustedes, que también aman al principito, como para mí, nada en el universo será igual si en algún lugar, no sabemos dónde, un cordero que no conocemos se ha comido, o no, una rosa...

Miren al cielo. Pregúntense: ¿El cordero se comió la flor, sí o no? Y verán cómo todo cambia...

¡Y ninguna persona mayor comprenderá jamás que esto sea tan importante!

Este es, para mí, el paisaje más hermoso y el más triste del mundo. Es el mismo paisaje de la página anterior, pero lo he dibujado una vez más para mostrárselo claramente. Es aquí donde el principito apareció en la Tierra, y también donde desapareció.

Miren atentamente este paisaje para asegurarse de reconocerlo, si alguna vez viajan a África, al desierto. Y si les ocurre pasar por ahí, se los suplico, no se apresuren, deténganse un momento justo bajo la estrella. Si entonces un niño se acerca a ustedes, si ríe, si tiene cabellos de oro, si no responde cuando se le pregunta, adivinarán quién es. Entonces, ¡por favor, sean amables! No me dejen tan triste: escríbanme rápidamente para decirme que ha regresado.

LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA

Sigue leyendo

Encontrarás el análisis de la obra, otras lecturas de Antoine de Saint-Exupéry y más libros completos gratis en labibliotecafilosofica.com.

Biblioteca de libros gratis ↗
Una ruta para empezar en filosofía ↗